

males que fueron sepultados bajo las cenizas del volcán, y consumidos en el transcurso de los siglos dejaron espacios vacíos de la forma de los cuerpos. El senador Fiorelli inventó un procedimiento para llenar esos espacios de una pasta que hace fundir, y cuando ha endurecido deja amoldados los cuerpos tal como allí estuvieron antes de su disolución. Entre los varios ejemplares de estas reproducciones que contiene el Museo, es notabilísimo el cadáver de una mujer en toda la perfección de sus formas, siendo verdaderamente admirable el tocado, que se ve hasta en sus menores detalles.

Dicho está lo más interesante que merece referirse de lo que se ve entre los escombros de la que fué Pompeya. Una visita más detenida y minuciosa haría descubrir cosas tal vez de mayor importancia. Estudio más serio y prolongado merecen esas inmensas ruinas, que tanto han ocupado á los anticuarios durante el siglo que llevan de haber sido encontradas. Nápoles posee en ellas un verdadero tesoro, que ha sabido no solamente conservar, sino que lo aumenta en valor todos los días con las nuevas excavaciones.

CAPÍTULO DÉCIMOSEXTO

El Vesubio.—Sus erupciones.—Excursión de Pellerano.—Ascensión por el ferrocarril funicular.—Otras dos maneras de subir á la cumbre.—Excursión de tres peregrinos.—Herculano.—Datos históricos.—Las ruinas.

SOLAMENTE tres de nuestros peregrinos, que sepamos, se aventuraron á subir al Vesubio; los Padres D. José María Alva y D. Ruperto María Zúñiga y el Dr. D. Manuel Viveros. El Sr. Zúñiga nos ofreció la relación escrita de su excursión; pero no la hemos recibido en los momentos de mandar original á la imprenta, y nos vemos privados de insertarla, lo que nos causa no poco sentimiento. Mas no por esto dejaremos de hacer una descripción del célebre volcán, ni omitiremos dar alguna idea de cómo se hacen en la actualidad las excursiones á la humeante montaña, refiriéndonos á los informes verbales que nos dieron los excursionistas, á otras relaciones que se nos hicieron, y á los datos de otro género que pudimos proporcionarnos.

El Vesubio, situado al Oriente de la llanura de Campania, se alza majestuoso frente al bello Golfo de Nápoles. Su altura y la configuración de la cima, cambia en cada grande erupción que se verifica. Está separado del monte *Somma*, que se cree ser un cráter extinguido, por un gran valle que se denomina *Atrio del Cavallo*. Su historia es antiquísima y es el único que permanece en actividad de los diversos cráteres apagados de *Ischia*, de *Pórcida*, de la *Solfatara* y de *Monte nuovo*. El Vesubio ha tenido muchas erupciones. La primera de consideración, fué la del año 79 de nuestra Era,

que como hemos dicho arriba, destruyó las ciudades de Herculano, de Pompeya y de Stabies. Hasta el año de 1500, se contaban nueve erupciones, y después llega á cuarenta y ocho el número de las más notables: una de las muy terribles fué la de 1631, que destruyó á *Torre Anunziata*, *Torre del Greco* y *Portici*, en la cual perecieron como tres mil personas. Otras menos horrosas han tenido lugar en los años 1707, 1737, 1760, 1779, 1794, 1804, 1805, 1855, 1858, y la última el 26 de Abril de 1872. Esta espantosa erupción duró muchos días, y fué una verdadera escena de horror, en la que perecieron como cincuenta curiosos, entre otros ocho estudiantes de medicina, que fueron sorprendidos durante la noche en el *Atrio del Cavallo*, por una fuerte columna de humo y por el fuego que salió de improviso como un torrente por una grieta que se abrió llenando el *fosso de la Vetrana*, de cerca de mil trescientos metros de largo, por ochocientos de ancho. De Nápoles se veía el cielo oscurecido por una espesa humareda inflamada, que se reflejaba en la mar. Se habían formado dos grandes cráteres que vomitaban fuego, ceniza y materias incandescentes, que extendían el terror en todas las poblaciones de las cercanías, destruyendo fértiles campiñas, casas de recreo y habitaciones rurales. Oíanse en Nápoles fuertes detonaciones parecidas al estallido de un cañón de gran potencia. Más de cuarenta mil personas abandonaron la ciudad de Nápoles, aterrorizadas por el horrible espectáculo y por la lluvia de ceniza mineral que cubría las calles, hasta formar una capa de cinco centímetros de espesor, mientras los temblores de tierra, aunque ligeros pero muy frecuentes, hacían abrir grietas en el suelo inspirando más serios temores. Los habitantes de *San Sebastiano*, de *Somma*, de *San Giorgio à Cremano*, de *Resina* y de *Portici*, huyeron todos, dejando las poblaciones desiertas. Espantados se dirigían á Nápoles, llevando consigo los objetos de más valor. Más de cuatro mil fueron albergados en el vasto edificio de los *Granili*; otros erraban por las calles de la ciudad en busca de abrigo. Tristes recuerdos ha dejado á los napolitanos aquella espantosa erupción.

Es interesante la relación que del viaje emprendido pocos días después hace un testigo presencial, y no podemos excusarnos de trasladarla, porque creemos no desagradará á nuestros lectores.

“Partimos de Nápoles, dice Pellerano, el testigo á quien aludimos, el 14 de Mayo de 1872 á las ocho de la mañana, en un coche de tres caballos; llegamos á Resina á las nueve, después de haber recorrido San Carlos, la Plaza del Municipio, las calles de *Molo*, del *Piliro* y de la *Masinella* y el puente de la Magdalena, adornado á la derecha con la estatua de San Genaro en actitud de contener las lavas del Vesubio, y pasando delante del gran edificio de los *Granili* transformado hoy en cuartel; después por la barrera del puente del camino de fierro, la población de *San Giovanni à Teduccio*, junto á la cual se encuentra *Portici*, lugar de cita de la buena sociedad napolitana, en donde se admiran las casas de recreo; y atravesando los patios que se hallan delante del Palacio Real comprado por la provincia de Nápoles, que ha establecido allí un Instituto agronómico, nos encontramos frente al lado opuesto á la gran ruta de Resina, en donde á los cinco minutos se detuvo el carruaje cerca de Herculano, delante de la oficina de los guías del Vesubio. Después de haber tomado un guía, bastones con punta de fierro, y hecho una buena provisión, sobre todo de naranjas, nuestro carruaje tomó el camino del Vesubio, montuoso, pero bastante bueno y seguro.

“A las nueve y cuarenta y cinco nos hallábamos sobre la lava de 1858, que tiene á sus lados las de 1868. Después de echar una ojeada sobre esas imponentes aglomeraciones de escorias de forma caprichosa y triste de donde ha desaparecido toda vegetación, continuamos el camino en zig-zag á través de aquellas lagunas de rocas vesubianas, gozando en muchas vueltas del hermoso panorama de Nápoles, de su bello Golfo y de la encantadora llanura, llegamos á la Ermita, en donde el coche hizo alto. Fuimos á desayunar, y en seguida visitamos el Observatorio que está allí cerca, fundado por Fernando II en 1841, bajo la dirección del sabio *Melloni*, de cuyo establecimiento es hoy director el profesor *Palmieri*. Admiramos la soberbia colección de minerales vesubianos, el aparato *Lamont* y el *Sismógrafo Palmieri*; el primero indicante de las oscilaciones del terreno, y el otro para señalar el avance de las erupciones. Del terrado del Observatorio, cercado por todos lados de lavas vesubianas, se goza de un panorama tan espléndido que no se puede sentir haber subido hasta allí. Después de esta visita, nos dirigimos á pie al *Atrio del Cavallo*, pasando encima de las escorias y de los montones de lava, de

los cuales salían exhalaciones calientes que nos advertían de que el fuego no se había aún extinguido, á pesar de que habían transecurrido diez y ocho días. Aproximándonos al volcán, vimos á través de las grietas, que existía aún viva combustión en el interior; habiendo cortado una rama verde de árbol que había quedado intacta, la introdujimos en una grieta, y en un abrir y cerrar de ojos ardió como una vela. Atravesamos esta lava de donde salía un calor insoportable, tomando nuestras precauciones y siguiendo nuestro camino sobre las antiguas lavas, llegamos á medio día al pie del cono en donde cree uno estar en los antípodas del hermoso Nápoles, viéndose en medio de la soledad más espantosa en que reina la destrucción, y se siente el viajero dominado por el poder de ese gran fenómeno de la naturaleza.

“Para subir al cráter, buscamos los vestigios de algún antiguo sendero; mas todo había desaparecido á consecuencia de la nueva erupción, y no se veía otra cosa que una montaña de arena, de ceniza, de piedra pómez y de minerales diversos. Nuestro guía declaró con franqueza que no encontraba ningún camino para subir. Entonces nos aventuramos á todo riesgo; pero á cada paso retrocedíamos hundiéndonos hasta las rodillas dentro de la arena. Al cabo de quince minutos estábamos de tal modo fatigados, que nos decidimos á ser arrastrados por un guía teniéndonos de una correa, y todavía nos veíamos precisados á hacer detenciones á cada momento. A medio camino nos sucedió que nuestros pies se hundiesen en un punto en que abajo de la ceniza no se había extinguido el fuego. Espantados retiramos los pies, pero nuestro calzado había sufrido mucho, y nos vimos obligados á cambiar de ruta. Al fin, fatigados, rendidos y llenos de sudor, molestados por un viento fresco muy poco agradable, y por enjambres de grandes moscas que abundan en ese sitio, después de hora y media de una penosísima subida llegamos al cráter, en donde tendiéndonos sobre la caliente arena nos enjugamos el sudor.

“Imposible es describir las impresiones que experimentamos allí, sea á causa de los fenómenos volcánicos, sea á la vista del inmenso panorama que se desarrollaba á nuestros ojos. Solamente en este punto se puede formar cabal idea de las maravillas que la naturaleza ha prodigado á nuestro país. El cráter que ya habíamos visitado en 1856 formaba entonces una vasta llanura circular, surcada de grietas de donde salían exhalaciones sulfurosas, de las cuales es preciso cuidarse; había en medio un cono elevado que vomitaba á intervalos fuego y piedras. A consecuencia de la última erupción, todo aquello había desaparecido; diríase que toda la antigua llanura se había despedazado, convirtiéndose en una profunda caverna que no tenía á su alrededor más que la corteza de la

montaña. Véase á una profundidad de 250 metros, grutas exhalando un humo espesísimo que con justo título podría llamarse la bajada á los infiernos. Del lado del *Somma* una gran hendidura se había formado de arriba abajo de la montaña.

“Después de haber observado los sorprendentes fenómenos que presentaban todavía las humaredas que se veían por todos lados, nos dispusimos á bajar. Nada más fácil; pero es preciso caminar á la vez con atrevimiento y con precaución, teniendo el cuerpo siempre inclinado hacia atrás. En 15 minutos habíamos descendido. Estábamos de vuelta en la Ermita á las tres y media; volvimos á tomar nuestro carruaje y á las seis llegábamos á Nápoles.”

Hasta aquí la relación del testigo presencial de la última gran erupción del Vesubio.

De tres maneras puede hoy hacerse la excursión. La más cómoda y rápida es la del ferrocarril *funicular* que permite llegar casi sin fatiga hasta cerca del cráter. Tomando un boleto en la oficina de la empresa, un coche está dispuesto á las 7 de la mañana en el alojamiento del visitante, para conducirlo á la Estación del *funicular*, que se halla situado en la montaña. Llegando á la Estación, cada pasajero recibe un billete numerado, para tomar asiento en un pequeño wagón que puede contener hasta diez personas. En este vehículo es conducido el turista hasta una altura considerable, en donde se baja para tomar la silla de manos, en la cual se le trasporta hasta la orilla del cráter, y si lo desea, en la misma silla se le da una vuelta por toda la orilla. Hasta dos horas se puede permanecer allí, y se desciende en seguida de la misma manera que se subió.

Otra excursión menos cómoda, pero mucho más interesante, puede hacerse yendo en coche hasta el Observatorio, para gozar de la hermosa vista de Nápoles y sus cercanías, recorrer á pie el gran valle de la *Vetrana*, hoy casi enteramente cubierto de lava y escorias, el *Atrio del Cavallo* y hacer después la subida por el camino de la Ermita.

La tercera excursión, aunque algo más incómoda, es la que tiene más atractivo. Se toma la tranvía que sale de la Plaza de San Fernando para ir á Herculano, y después de visi-

tar estas ruinas, se vuelve á tomar la gran ruta de Resina, en donde se encontrará en la "Oficina de los guías del Vesubio" un buen caballo y un guía para ir y regresar al mismo punto. Se llega así hasta la base del cono, y para ascender al cráter se toma el visitante de una cuerda que lleva á las espaldas el guía. La bajada se hace en veinte minutos. En el camino que conduce de Resina al Observatorio, los campesinos ofrecen en venta el excelente vino de *Lacryma Christi*, que difícilmente se puede adquirir en otra parte y cuesta un franco la botella.

Esta última ruta fué la que tomaron nuestros peregrinos. En la subida al cono tuvieron no pequeñas dificultades, que sólo vencieron con el auxilio de los guías, quienes casi en peso los han llevado hasta la orilla del cráter.

No se arrepintieron de haber llegado hasta allí, no solamente por haber gozado del extraño é imponente espectáculo de los fenómenos que se observan, sino por la espléndida vista de que se disfruta de Nápoles y sus alrededores y de su bellissimo Golfo.

No debe pasarse ningún excursionista del Vesubio sin visitar, como hemos dicho, las excavaciones que ocultan las ruinas de Herculano, menos interesantes que las de Pompeya, pero que excitan la admiración del viajero. Diremos una palabra acerca de ellas, sin omitir los datos históricos que se conocen sobre el origen de la ciudad.

Herculano debe su nombre al culto de Hércules, y la tradición pagana atribuía á este semi-dios la fundación de la ciudad. Antes de ser subyugada por los romanos, había estado habitada por los oscos, sus pobladores primitivos, por los etruscos y por los samnitas. Situada cerca del mar, su puerto se llamó *Retina*, de donde viene el nombre actual de *Resina*. Los romanos edificaron allí casas de recreo que fueron destruidas por la erupción del 79; después se establecieron pobres gentes cuyas habitaciones quedaron sepultadas bajo las cenizas en la erupción de 472, que cambió completamente la configuración de la comarca. Otras erupciones posteriores cubrieron la ciudad con una capa de 20 á 25 metros de

espesor. A esta profundidad se descende para visitar las ruinas, que fueron descubiertas en 1719 cuando el príncipe d' Elbeuf, de la casa de Lorena, teniendo necesidad de sacar mármol para la construcción de un castillo en Portici, y sabiendo que se había encontrado en un pozo cavado en Resina, ordenó se continuasen las excavaciones. Suspendidas estas por muchos años, prosiguieron de 1828 á 1837, y luego fueron abandonadas nuevamente. Nos limitaremos á dar noticia de lo más interesante.

Acabando de entrar en las excavaciones, se descende á una meseta inferior, en la cual el guardián que sirve de guía enciende dos bugías, una para él y otra para el visitante, y avanzando por un pasillo y atravesando en seguida por corredores oscuros, se comienza á bajar á intervalos algunos escalones. De trecho en trecho muestra el guía los *vomituri*, ó sean las puertas que servían de salida al edificio del cual se observa una gran sección: era un teatro. Encuéntrase á la profundidad de treinta metros y es el monumento de más importancia que se ha descubierto en Herculano: tenía capacidad para diez mil personas: estando distribuidas las localidades en diez y nueve órdenes de gradas con seis divisiones. Alguna luz del sol recibe por el pozo cuya apertura hizo descubrir aquellas ruinas. Sobre una puerta se lee el nombre de *Mammianus Rufus*, que lo hizo construir á sus expensas, y el del arquitecto *Numisius*.

Volviendo á subir á la meseta, se sale por una puerta pequeña á la izquierda, á una calle pública: bajando esta calle á la izquierda también, se encuentra un muro de poca altura que se prolonga al derredor de las ruinas y está cerrado por una puertecilla por donde se sale habitualmente. Se continúa caminando en la dirección que lleva la pared, y á su extremidad se ve una gran puerta; entrando por ella se baja nuevamente y se descubren á poco andar las ruinas de la Basílica, edificio del cual sólo quedan algunos restos de paredes al nivel del suelo, en una extensión de 228 pies de largo por 132 de ancho. Tenía la Basílica un pórtico formado con 42 columnas, adornado además con estatuas de mármol y de

bronce y pinturas al fresco. En este sitio fueron descubiertas las dos estatuas ecuestres que se hallan en el Museo de Nápoles, una de *Marcus Nonius Balbus* y la otra de su hijo *Nonius*.

Pasando por enfrente, se atraviesa la *Strada del Molo* para visitar la llamada *Villa de Aristides*, en donde se encontraron un Fauno en mármol, las célebres *danzantes* y el grupo del Sático y la Cabra; además algunos bustos y una biblioteca de *papyrus*, todo lo cual está enriqueciendo el Museo Borbónico.

No muy distante del anterior edificio, se ven los restos de una casa llamada de *Argus*, de la cual se conservan todavía veinte columnas y seis pilastras de un pórtico que seguramente rodeaba el jardín.

Inmediata á esta sigue la nombrada de los *Genios*, que lleva tal nombre por haberse encontrado la estatua de un Genio colocada sobre una consola de mármol, que todavía existe y se halla en el Museo.

A la extremidad de un pasillo situado detrás de esta casa, se mira debajo de una bóveda un mosaico bien conservado y una columna que indican haberse hallado situado en aquel lugar un edificio de importancia.

Del lado opuesto, atravesando la *Strada del Molo*, se ve otra casa llamada de la *Fuente*, que no tiene de interesante sino dos mosaicos con figuras humanas sobre dos pilastras.

En seguida se pasa á la calle de la derecha, que se asegura conducía á Pompeya por la vía de las Tumbas. A la derecha están las ruinas de la Palestra, y en el fondo se percibe una bóveda en forma de gruta, en donde están sepultadas las *Termas*.

Por un pequeño camino á la izquierda, se sale á la vía pública por donde se entró, y subiendo esta calle se vuelve á encontrar la gran ruta de Resina para regresar á Nápoles.

En los momentos de revisar las pruebas de este capítulo, se nos presentó el señor Cura Zúñiga trayendo consigo el original de su relación. Es tan interesante ésta, que no pudimos prescindir de insertarla, consagrándole un capítulo especial y es el que sigue.

CAPÍTULO DÉCIMOSÉTIMO.

El Vesubio.—Excursión de tres romeros mexicanos.

Son las doce del día. El sol, en mitad de su carrera, se ostenta magnífico y soberbio en lo alto del firmamento, reflejando su radioso disco sobre la hirviente mar, cuyas doradas y embravecidas olas, caminando paulatinamente, vienen á reposar tranquilas sobre las pintorescas playas de Torre Anunziata. Acabamos de abandonar los solitarios edificios, las desiertas calles de la monumental ciudad, dirigiendo nuestra postrer mirada á la sombría figura de Pompeya, que entre cenicientos sarcófagos se ostenta en la Avenida de los Sepuleros. Una cosa semejante á la soledad de los cementerios, algo como el silencio de las tumbas, había hecho que se apoderara de nosotros un respetuoso temor; parecía paralizarse la sangre en nuestras venas, como cuando se presenta á la imaginación el punzante recuerdo de un pasado borrascoso y terrible. . . . Volvemos en seguida á la fértil campiña, y el pecho, hasta entonces comprimido, respira libremente un aire preñado de agradables perfumes. En conversación muy acalorada é íntimamente persuadidos de que las encantadoras ruinas de Pompeya deben la fama universal de que disfrutaban, á las cenizas del Vesubio, nos dirigimos apresuradamente en busca de un asilo donde comer, en solicitud de guías, caballos y alguna otra cosa necesaria á nuestra excursión; porque aquella tarde estaba consagrada ¡al Vesubio! Ibamos á visitar la célebre montaña que han buscado tantos viajeros, con el atractivo de la novedad y de sus hazañas. Antes de entrar